

# Sobre todas las cosas

Ximena Sánchez Echenique

I

## En la tierra de los sucesos triviales

1

Encima de la mesa siempre hay algo que delate a Dario. Quizá la mañana ha sido larga —veintisiete colillas— y lenta como una máquina de escribir. Quizá las migajas de torta de quién sabe qué sugieren que ya es hora de la comida. Y entonces el tufo de la estancia es tan denso que Dario ha comenzado a toser, mastigar, pasar saliva, toser, mastigar, pasar saliva y a aparecer, con cada movimiento, una letra en la pantalla. Sí, en la pantalla porque —aunque alestargada— una máquina de escribir resulta ser un procesador de palabras. Luego son dos y tres y hasta cuatro letras palabras al tiempo, alza los brazos y estira la espalda, al tiempo que un instintivo tronar de huesos lo hace tragar.

Lo bueno es que, por ahora, ya no le falta traducir nada. Sólo ese kovsh de los bogatyrs y que es una vasija rusa con soldados medievales. Quién sabe. Serán las barbas o las túnicas pero definitivamente Dario no puede cerrar la ventana. Sí. Tal vez las túnicas, de la especie *tuniculae* que impide terminar lo empezado, porque de pronto el hombre ha puesto toda su atención en ellas.

—¿Mail Tunics? Mail tunics, mail tunics.

Así que estirando la mano derecha alcanza el diccionario (esa excelente edición de bolsillo que, además de servir como portavasos, suele sacarlo de problemas) pero, tras leerlo y levantarse para consultar los otros que hay en el librero, se topa con lo mismo. Nada. Parece como que los diccionarios han imitado a Dario, no porque les truenen los huesos ni esas cosas sino porque un odioso instinto los ha hecho tragarse las palabras. Mas el hombre, enteramente ajeno a la tragadera, sigue pensando y recuerda.

—¿Túnicas correspondidas, carteadas, comunicadas? ¡¡¡vrrrrrrrrrrr!!! (sonido emitido por Dario cada vez que algo no sale como debiera) o.k., al fin que túnicas a secas no se oye tan mal

No. Quizá sean las barbas porque levanta las cejas en un leve gesto y detiene la mirada en los soldaditos medievales o bogatyrs de la foto, mientras

una túnica mal traducida lo mira acechante desde la foto —seguramente no se contenta con sequedades—.

—No sé.— a quién le importa —Podría ser un pelotón perdido buscando el campo de batalla. Estaba justo encima de él y de pronto pffff desapareció. Como la nieve. Alguien se lo chupó de las manos, de la punta de la nariz, de la suela de las botas y ahí estaba, abajo, enfrente, a los lados. ¡Al ataque! Por todas partes. No. No puede desaparecerse un campo de batalla así nada más. Nadie puede llevarse la tierra que está debajo de los pies sin que uno sepa quién fue, sin que. Algo interrumpe el pensamiento de Dario. Sorprendido levanta el libro y lo pone frente a su rostro. Se ha dado cuenta de que se refleja en el libro. Imposible. Uno no puede reflejarse en el papel mate.

210

Tal vez sea el dolor de espalda o el cansancio de las últimas semanas, igual y hasta son las alucinaciones que vienen de mantenerse despierto con coca-cola y café, porque no es la primera vez. Así es que apaga la computadora.

La verdad es que Dario empieza a pensar en muchas cosas cuando traduce. Algunas veces, nada más en lo que está escribiendo —como una especie de notas mentales al pie de página— y otras, sus ideas se mezclan con el texto. Es entonces, cuando comete pequeños errores; sutilezas en el mundo de los textos pero catástrofes garrafales en la Tierra de los Sucesos Triviales.

Sobre todo, cuando esos sucesos son una fórmula mágica, un hechizo específico, capaz de alterar la realidad. Incluso cien años después.

## 2

El día en que murió Fiodor Medelbek las campanas de la iglesia de Krasnoye, su pueblo natal, sonaron siete veces. Siete son las virtudes de Dios, siete los colores del arcoiris, siete los lunares que había en su cara. En fin, siete era su número favorito y el padre Liushka lo sabía, con lo que despidió así a su mejor discípulo. El hecho es que nunca más han vuelto a sonar igual siete campanadas en toda Rusia.

El mismo día, en la Feria de Novgorod, Karl Fabergé deslumbró a toda la comunidad con un delicioso *kovsh* de plata. Se trataba de una vasija de Iván, príncipe de Moscú y después Gran Duque de Rusia; un dorso con los brazos colgados a los lados —tal y como si se estuviera tomando un baño de tina—. Parecía tan real que los niños al verla se cubrían el rostro; como si aquel falso Iván fuera a arrancarles las narices de un zarpazo. Incluso su mirada afilada y maléfica, tan a punto de lanzar un conjuro, hacía llorar a los más pequeños. De modo que los que se acercaban lo hacían con gran cuidado, sobando sus amuletos para el mal de ojo y echando la sal por detrás del hombro izquierdo —ambos actos tres veces seguidas—. No en vano el diseño ganó la medalla de oro

en el concurso de la Escuela Imperial Stroganov de Arte Industrial.

Llegar a trabajar con Fabergé era un privilegio del que pocos gozaban. Sin embargo, cuando, unos años antes, Medelbek hizo su solicitud fue inmediatamente aceptado. Su técnica era brillante; no sólo en el diseño sino en la ejecución. Aunque estaba formado al modo de los antiguos iconógrafos y eso era considerado un impedimento para los nuevos artistas, la firma no dudó en designarlo a la sede en Moscú, encargada únicamente de satisfacer los exquisitos gustos imperiales.

Había sido el mejor amigo de Agathon, hermano menor de Karl, pero ninguna influencia funcionaba si no era equiparada por la habilidad y el ingenio.

Sí. Durante poco más de dos años Fiodor fue discípulo de Agathon Fabergé quien, con sólo 31 años —edad en que empezó a ser su maestro—, conocía todas las aleaciones que podían hacerse con los metales básicos. Así, sabía que para hacer niello se requiere azufre, plata y cobre; que para producir azogue hay que cocer mercurio y azufre a fuego lento durante tres días y que el oro real sólo puede obtenerse a base de constantes procesos de purificación. Medelbek aprendía todo esto en poco tiempo, debido a su entusiasmo y a su innata facilidad. Pero, lo que realmente le daba dolor de cabeza era pensar en la transmutación de los elementos. No puede transmutarse la naturaleza de un elemento si antes no ha sido reducido a cal, ceniza o tierra —repetía constantemente Agathon al joven Fiodorovich—. Y a él le quedaba claro ...al menos en concepto.

Bastaba compararlo con la muerte de Cristo. —Su cuerpo mortal se convirtió en inmortal después de morir y resucitar. Era necesario que muriera o habría sido humano para siempre. Aunque... el cuerpo de Cristo siempre fue divino porque era Dios y entonces siempre fue inmortal. Además... ninguno de los evangelistas dice que se haya transformado en tierra o polvo después de la crucifixión. Por el contrario, están seguros de que no hubo ningún proceso de descomposición.— Esto pensaba Medelbek y se confundía aún más, en tanto que Agathon, especialista en leer la mente de las personas, lo regañaba por esa manía suya de relacionar cualquier cosa con la teología cristiana. Esa que le aprendió al padre Liushka en los casi quince años de vivir bajo su tutela.

Fiodor llegó al monasterio de Vladimirovish a los cinco años. Su madre lo llevó porque un día, mientras ordeñaba una vaca, observó al niño cantándole en latín a los becerros. Bueno, al menos eso parecía. Ella se persignó tres veces, envolvió una muda de ropa y un pan en una cobija y lo jaló hasta la entrada del monasterio. Tocó la puerta con fuerza. —Esperas a que te abran. Cuando salga el monje le besas la mano y le dices que vas a ser padre, porque el Espíritu Santo te enseñó a hablar latín.— Dijo al pequeño Fiodor y se fue calle abajo como si acabara de entregar una canasta de panecillos.

En un principio, Medelbek se encargaba de las tareas domésticas por las mañanas y, por las tardes, asistía al catecismo y al latín, que desde luego no lo

aprendió del Espíritu Santo. Hasta que una mañana, mientras limpiaba los retablos de la sacristía, observó al padre Liushka retocando un fresco de la Santísima Trinidad. Tal vez fueron sus manos largas acariciando la superficie con el pincel o la imagen emitiendo una especie de luz propia; la cosa es que Fiodor se conmovió tanto, que cuando el padre lo vio fue guiado inmediatamente al taller. Un portón rojo se abrió ante sus ojos y entonces, en el ilógico orden del iconostasio, encontró lo que había estado buscando desde hacía tiempo.

Arriba, en las miniaturas que nadie alcanza a ver. Abajo, sobre las hojas y entre los cuatro evangelistas. En medio, donde el Arcángel Gabriel canta Aleluyas silenciosos acompañado por los ángeles. Y en fin. Ahí en el centro. Cristo Pantocrator que los miraba a todos al mismo tiempo que era mirado por todos.

212

Desde ese día, Medelbek se dedicó a aprender el arte secreto de las catacumbas.

Así, a los veinte años ya era todo un asceta. De tanto ayunar y tan poco dormir, la piel se le pegó a los huesos y el cuerpo —que alguna vez fue robusto— adquirió la fragilidad de una rama seca. Quizás hubiera desaparecido por completo de no ser por la invitación que recibió para participar en la feria anual de Krasnoye.

Durante más de dos meses, trabajó día y noche. Finalmente una elaborada cruz, con pequeñas imágenes de la vida de Santa María, compensó todos los años de estudio y sacrificio. Lo que más gustaba a la gente eran las puertitas, hechas de cedro bañado en oro, detrás de las cuales uno podía admirar a la madre de Dios lavándose los pies en el río Jordán o cargando a un minúsculo bebé Jesús.

Todos los amantes de la novedad asistían a las ferias pues no sólo eran un lugar para comprar y vender cualquier clase de artesanía sino la mejor forma de conocer gente. Para algunos, incluso, la más divertida. Agathon era uno de estos hombres en quienes el placer estaba estrechamente ligado al negocio. Tenía una extraña obsesión por conocer gente, como si siempre estuviera buscando encontrar a alguien. Así que al escuchar hablar de tan bella pieza, se dirigió al puesto donde estaba Medelbek. A su paso, los hombres hacían una pequeña caravana y las mujeres le mostraban a sus niños; pues no sólo era un Fabergé, era capaz de curar dolencias con el simple rozar de su abrigo. Los artesanos, que esta vez sabían a lo que iba, le mostraban sus obras con gran insistencia.

Iba en busca de un discípulo.

Pero lo que encontró ahí fue un amigo.

En el momento que Fiodor lo vio a los ojos tomó su cruz y se marchó con él. Partieron a San Petesburgo en el primer tren. Desde ahora, el modesto monasterio quedaba atrás para abrir paso a una de las míticas mansiones Fabergé. Seguramente, a su madre nunca le pasó por la mente que el pequeño Fiodor llegaría a ser alumno de un Fabergé o, de lo contrario, lo habría frecuentado para cacarear con su pico de rusa pobre las migajas de la fortuna.

Ayer en la tarde llegaron las primeras piezas de la exposición. Doce huevos, tres cigarreras, un collar de diamantes, cuatro cajitas de filigrana y un portarretratos con la foto de Nicolás II; lo que sea. Las fichas ya están listas. Sí. Esos cuadros rectangulares que irán al pie, a la mano de la obra están ahora guardados en un sobre manila sobre la mesa donde Dario sigue escribiendo. Y por cierto que ninguno se asoma, como si supiera de antemano que su destino es el encierro, aún cuando con cada exhalación una imagen incolora se abra en la mente del hombre que de pronto deja de teclear y los mira.

El recibo del teléfono. Las escaleras de un edificio. La cuenta de la luz. El barandal. Los soldaditos del día anterior. Una mujer. Sus súbitos zapatos rojos bajando escalones de mármol. Una ficha. En fin. De ese blanco que ciega en cuanto se le deja de ver. Hasta que Dario cierra los ojos.

Hace más de un mes Nina y él se toparon en las escaleras del museo y pareciera que la sorpresa fue mutua porque a la hora que él, emocionado por el encuentro, la tomó del hombro y la detuvo en seco, ella soltó un alarido que no denotaba nada de felicidad. Luego, el concertado beso de hola-hola y el comienzo de un diálogo tan monótono que no valdría la pena recordarlo. Algo así como.

—¿Qué haces aquí?— él a ella  
—Nada  
s i l e n c i o —¿No quieres ir a tomar un café?—  
a lo galán  
—No puedo, es que me quede de ver con alguien en la entrada  
—Te acompaño  
—No, mejor no, vas a llegar tarde  
—Bueno, adiós, que termines pronto  
y mientras Dario comienza a subir escalones  
—¡Dario!—  
voltea  
—¿Qué?—  
emocionado  
—Ten cuidado—  
asustado  
—¿Por qué?

—No, no es nada, me tengo que ir.— Nina camina, corre y se pierde entre los turistas, guías y estudiantes que llenan la entrada. Ten cuidado, ten cuidado. Que frase tan trillada, definitivamente pudo haber sido más original. Y con lo irónico que debe ser morir en un museo. Pero si a ella no le

gustaban los museos, esos M-a-US-ole-OS. De veras, sí se veía tan guapa de rojo.

Ahora que el hecho de traducir, no es algo de lo que uno debería de avergonzarse tanto, ni siquiera cuando es lo único que se sabe hacer. Porque quizá si Dario supiera que no es lo único que sabe hacer tendría unas chapas menos coloradas —claro que en todo caso dejaría de ser traductor y por consecuencia recobraría la salud—. Quién sabe.

Desde el padre del padre del padre del padre de su padre todos han sido calvos. A los de esta generación les toco una nubosa franja negra de pelo. Así que, por ahora, el aire de familia trae vientos franciscanos. Eso sí, lo de usar lentes de botella le viene del lado materno, aunque su madre —que era medio inglesa— nunca posaba con ellos en las fotos. Probablemente la herencia más notable de los azares genéticos sea esa nariz de bola pues Dario realmente ignora a quien atribuirse. Es que ni su papá, ni su mamá, ni sus abuelos sacaron una nariz así y además, aunque ahora es hijo único, Dario nunca supo que su hermana mayor muerta al nacer salió también narizona.

Sí. Sería delicioso apretujársela —aunque seguramente no se dejaría—.

Para los que digan que no hay nada peor que un par de ojos venidos a menos —no se preocupen— los de Dario siempre han sido dos charcos opacos absolutamente ajenos al qué dirán y, por lo tanto, a la presencia atosigante de las narices de bola. Así que el susodicho traductor nunca podrá ser actor de telenovela ni, mucho menos, modelo de ropa interior en el periférico. Encima está demasiado flaco y carece siquiera de esa belleza inexplicable que lleva a una mujer guapa a estar con un hombre feo.

Esto no significa que sea un hombre solitario. Por el contrario, siempre está rodeado de gente. Intelectualoides por supuesto y una que otra chica.

Se supone que ahora está con Katia pues aunque llevan meses saliendo juntos no sabe casi nada de ella. Lo que pasa es que Katia es amante del cine y como Dario nunca tiene dinero para acompañarla, pocas veces se ven. Ah y cuando lo hacen, sólo es para ir al cine. Claro.

En realidad él quiere a Nina; la quiere con todo y su paquete de cinco años llamado Mar. Pero es imposible. Cómo las busca. Incluso cómo busca a Mar. Aunque siempre se repita frente al espejo que él nunca ha amado. Que sólo es un capricho. Claro que, el otro día, vió a Nina. Sí. Se la topó en el museo y se veía tan bien. Seguro, si no hubiera tenido ya una cita, hubiera aceptado ir al Sanborn's de los azulejos. Ella hubiera pedido un capuchino y él un eterno americano. Luego a su departamento, con el pretexto de enseñarle su colección de sellos, para que Su Nina —ahora sí— se riera mucho al encontrarlos meticulosamente metidos en una bolsa de plástico detrás del excusado; que lo besara detrás de la oreja. Con la punta de la lengua. Con la cabeza húmeda de un alfiler. Y él, Dario, le hiciera el amor. Como cuando la conoció. Olvidando

de una vez y para siempre poner nuevamente los sellos en su lugar.

Tan malo era su sentido del humor.

Chin. Son las dos en punto y se quedó de ver con Josúe a las dos y cuarto. Sólo le falta la ficha de Iván Kalita además de completar la de los soldados medievales.

Las banquetas están llenas de puestos. Carritos de hamburguesas, libros, plumas, tamales, peines madeintaiwan, miles de chunches de algún otro lugar remoto del mundo. Le gusta detenerse en el puesto de periódicos para leer los encabezados. Hoy, no hay mucha novedad. Excepto.

Esa fotografía que está ahí abajo.

—¿Cuánto cuesta?— es que nunca lo compra

—Seis pesitos—

en la sección de Sociales

—¡Hijos de su madre!—

Nina y Josue aparecen juntos

—Algún problemilla joven— le pregunta el periodiquero  
y están abrazaditos

—No, no es nada— lo dice con una risita nerviosa

Acompañado por una incómoda sensación, una leve punzadita en el vientre. Ve el reloj de la Torre Latino. Y un eructo. Otra vez. Mismo que por la pena se aguanta. Se le ha hecho tarde. Tiene que correr las dos últimas cuerdas para llegar a tiempo. Es inútil. Son las dos veinte y apenas va entrando al museo. El elevador se tarda mucho, así que sube por las escaleras. Por fin, tras tres pisos-cinco minutos Dario llega a la oficina de Josúe desparramándose en una silla delante de él.

—tranquilo hombre, si no es para tanto, Sergei llega hasta las tres. Tampoco se trata de que té dé un infarto por llegar a tiempo

—ya sabes— inhalar, expirar, inhalar, expirar —así soy. Odio llegar tarde— contesta entrecortado

Josúe se asoma por la ventana dándole la espalda a Dario

—hoy en la mañana llegaron más piezas. Deberías de ver la sillita dorada. Una hermosura de menos de diez centímetros. Este hombre hacía unas maravillas, de veras. Por cierto ¿qué tal vas?

—aquí están todas las fichas. Bueno, casi— Dario pone el folder que contiene un mes de trabajo sobre el escritorio

—¿qué decías?

—que necesito más tiempo

—no sé hombre, la inauguración es el próximo Viernes, la tenemos encima y he oído que Sergei es un perfeccionista, además— la voz del traductor lo interrumpe.

—por favor Josúe, tú sabes que no te voy a hacer quedar mal— la puerta se abre de pronto. Un hombre alto, de apariencia aria entra a la oficina.

—Dario Pérezsmith— dice Josúe después de saludar fraternalmente al recién llegado

—nice to meet you Mr. Gruchev— Dario se acerca al hombre que acaba de entrar al tiempo que se pone los lentes para verlo mejor

—sau sorry, my english is trielly vad— contesta Sergei Gruchev, el curador de la Colección Fabergé de la Revista Forbes en Nueva York; extraña que alguien viviendo en un lugar donde se hable inglés todo el tiempo no lo domine a la perfección

—no, it's o.k., there's no need to be humble. I've heard you speak five languages

—dankiou, de pravlem is I haf diz terrible ear, othergwise I would speak veter

216

—by the way, is it truth each piece of the collection is unique?— le pregunta Dario para alivianar la situación

—yes, misterr dere are not two Fabergé piezes alike in all the vworld, not even two!— contesta eufórico el señor Gruchev

—mmhh, mmmhh— Josúe emite un leve sonido aspirando con la garganta que enseguida es captado por Dario

—vrrrrrrrrrr, ya tengo que irme. It was a pleasure meeting you Mr. Gruchev— se despide del curador y mira a Josúe retándolo

—yes misterr, tcertainly a plashure— se escucha en voz baja y al mismo tiempo Josúe responde a la mirada —El Jueves en mi escritorio, antes de las seis en punto ¡en punto Dario!

Ahora le quedan cuatro días y medio para terminar. Lo malo es que no sabe ruso porque, si supiera, podría traducir directo lo que le falta. —Es que esa edición americana es tan mala—. Sí. Eso es. Tiene que concentrarse en el trabajo y dejar de pensar en la foto. Aunque con cada segundo aumente la estocada en el vientre.

O alguien ha enviado una queja desde la Tierra de los sucesos triviales.

## II

### El pan nuestro de cada día

4

Decían que en el comedor del monasterio de Vladimirovish hasta las papas crudas sabían bien. Quizá se debiera al buen sazón del hermano Iván o como aseguraba el padre Liushka, al icono pintado por Fiodor que colgaba en el mural del fondo. Parece que llamaba tanto al recogimiento que en cuanto uno lo veía, como por anonadamiento, dejaba de hablar. Así que para los



que tenían voto de silencio, aquello de veras que era pan comido.

A la hora de las plegarias nadie podía apartar la mirada de un Cristo tan dulce, por lo que con el tiempo se convirtió en el divino mediador de las necesidades cotidianas. Por favor, Dios, que las lechugas resistan la tormenta. Que no se acabe la cebada antes del viernes. Que ya no me piquen las arañas. Que me toque calentito el chocolate. Te lo ruego, Dios mío. Dame doble ración de ensalada y vas a ver que mañana no me duermo en los maitines. ¡Ah! y quién mejor que Él para conocer las debilidades de cada uno.

Para Medelbek, sin embargo, aquel hipnótico rostro representaba la posibilidad de lo imposible pues había surgido de lo más profundo de su ser como una promesa. La de que Dios se había hecho hombre para que el hombre — él, hombre, Fiodor Medelbek— pudiese hacerse Dios. Así que cada vez que lo miraba, el recuerdo llenaba de regocijo su alma y no podía dejar de reírse a carcajadas. A cualquiera ponía nervioso verlo reír de esa manera. Y luego.

Tú,  
Dueño divino  
de cuanto existe,  
ilumina y dirige  
el alma, el corazón y el espíritu  
de tu servidor;  
lleva sus manos  
para que pueda representar  
digna y perfectamente  
Tu imagen, la de tu Santa Madre  
y la de todos los santos  
para gloria,  
alegría  
y embellecimiento  
de tu Santa Iglesia.

La oración que rezaba Fiodorovich antes de comenzar su trabajo. La mascullaba en voz baja mientras preparaba la plancha y la tela con la mezcla de alabastro —*levkas*— y la cola de conejo. Después el fondo de color rojo o de barniz blanco y las láminas de oro, para rematar con un intenso amarillo huevo. “*Has venido a la tierra para salvar a Adán y al no encontrarlo, oh Señor has ido a buscarlo hasta el infierno.*” Medelbek murmuraba los maitines del Sábado Santo mientras de sus manos salía el marco que guardaría la escena de la resurrección, como yace la cabeza de Juan Bautista en el relicario. Intuyendo que también cada una de sus creaciones quedaría protegida del tiempo por los siglos de los siglos en esta vasija sagrada. El *kobceg*, como lo llamaban en eslavo. Hasta que en secreto y con poca luz ocurriera eso que, ahora, sólo sabría un iconógrafo vetusto.

Antes de partir Fiodor tuvo el mismo sueño durante casi treinta días. Debajo de la tierra. Se veía a sí mismo envuelto en una mortaja. Su cuerpo agonizante en el centro de la cueva y, alrededor, mujeres llorándolo entre cánticos y gritos ininteligibles, velas prendidas y humo de incienso. Luego, de pronto estaba dentro de la manta, abría los ojos y no podía ver, trataba de moverse, de gritar, pero la tela estaba tan ceñida al cuerpo, tanto, que ya no podía cerrar los párpados, que sentía el tejido impregnándose en los ojos, la lengua, los hoyos nasales, la asfixia y las voces plañideras extinguiéndose a lo lejos. Luego un grito ¡*ichtus!* Un canto ¡*Iesous Christos Theou Uios Soter!* y Medelbek despertaba bañado en sudor. Un agudo dolor en los huesos.

218 Ahora que se había marchado todo parecía más tranquilo. Si no fuera por aquellos jóvenes monjes que habían caído en tan extraña costumbre. Antes de comer llevaban sus alimentos a la imagen hasta que la frente de Cristo hacía contacto con las coles, los rábanos, las habas y todas esas cosas. El padre Liushka trató de erradicar esta manía —como él la llamaba— de varias formas. Primero habló con ellos vehementemente —¡Es una idolatría, una ofensa hacia Dios, hacia la imagen y hacia ustedes mismos! ¡Arrepiéntanse o irán al infierno!— Pero nada. Y con la capacidad del icono de callar a cualquiera, dentro del comedor no podía tratarlos de convencer, ni siquiera regañarlos. También puso una cortina en el marco, pero la levantaban sin más ni más. Entonces se le ocurrió toparlo con el techo. Pero los monjes se cargaban en una pirámide humana de hasta cuatro pisos con tal de salirse con la suya. Así que finalmente el Padre Liushka decidió retirar la imagen con lo que los monjes dejaron de comer. Más de un mes de abstinencia hasta que el Padre se compadeció y, de una vez por todas, los dejó seguir con su costumbre.

Realmente en ningún lugar se comía tan bien. Aún cuando hubiera que aguantarse la risa de ver la frente de Cristo nadando entre mantequilla y potaje.

## 5

Lo aburrido de que Dario se preparara algo de comer era eso. Sí. Tener que contarle. Es que el número de palabras nunca sería igual a la suma del cuadrado de sus anteojos. O más bien a nadie le interesaba saberlo. Por supuesto que todos los hombres del mundo comen —bueno, no siempre, cuando viven en ese lugar llamado Pobreza Extrema “*Bienvenidos a Pobrezaextrema Tierra de oportunidades*”, no siempre, tampoco si se ponen a dieta las gordas-flacas o sus hijos de melindrosos—. Quizá hasta debiera de prohibirse. Pero entonces el traductor se moriría literalmente de hambre. Y no habría forma

de explicar el significado de la palabra aburrido excepto con burros que se meten al closet. En fin, que mucho menos podría explicarse la existencia de personas grises, desteñidas o simplemente equis —como diría Nina— de una forma tan fácil.

Así que Dario abre el refrigerador más vacío que lleno para ver si comiendo se alivia. Un litro de leche a la mitad, un pedazo de queso, cuatro limones, dos cervezas y una caja de huevos. Parece que trae antojo de huevo; claro que si tuviera antojo de otra cosa se tendría que quedar con las ganas. El sartén —de lo que alguna vez fue teflón— sirve como escenario al mismo suceso de siempre. Primero, la línea que divide a la clara de la yema se distingue con claridad. Pero lentamente, a medida que se cuece la clara, se va borrando, hasta desaparecer por completo. Sí, un verdadero martirio para los amantes del huevo estrellado. Para él simplemente un proceso imperceptible.

219

Por cierto. Es necesario decir que hasta el último rincón del refrigerador es insípido como él. Que su departamento es muy pequeño por lo que la mesita para comer es la misma para cocinar y trabajar. Y que en la sala está la computadora, a la izquierda sobre un buró.

Además, en esta minúscula sala hay un sillón para dos personas tan descolorido que algunas visitas lo han mirado como una extensión de Dario. Igual a los jeans que siempre usa, nunca se sabe, si es gris, azul, o incluso verde olivo. Cuatro repisas —a modo de librero— adornan la pared. Sostienen la televisión, la edición completa de *El tesoro de la juventud*, ocho tomos de la *Enciclopedia Británica*, un diccionario *Larousse*, tres diccionarios *Webster's*, uno *Roget's*, folletos, algunas novelas, revistas y uno que otro —bla,bla,bla— periódico viejo. En medio hay una A —un tapete mayúsculo en forma de la primera letra del alfabeto—. A un lado está la estufa —frente a la mesita— y al otro la puerta principal. La entrada del cuarto está justo frente a la computadora y la del baño a un lado, en la otra pared, de tal modo que si las puertas se abrieran hacia dentro chocarían. Cabe decir ... En el cuarto hay una cama individual y, empotrado en una pared, está el closet. El baño es pequeño, pero tiene lo necesario: excusado, lavamanos y regadera. Tres ventanas sirven de escape al departamento. Una arriba de la mesita, otra en el cuarto —en la pared opuesta al closet— y otra en el baño donde es, por supuesto, fundamental.

En fin, que cuando Dario no está traduciendo, la vida se le va viendo tele en el sillón y, muy de vez en cuando, hojeando alguno de esos aburridísimos libros sobre el percutido tapete A. Ahorita mismo está sentado—casi echado en él, tratando de investigar porque la vasija de Iván Kalita de la foto no encaja con la de la descripción.

Pero por hoy parece que tampoco encontrara la respuesta. Así que con un desabrido tufo a huevo que le sale por las fauces, un dragón decide ir a la biblioteca. Quizá todavía esté abierta. Las últimas hoja son bibliografía. Pueden servir.

—¡rrriiiiiiiiiing!— Dario acababa de cerrar la puerta —¡rrriiiiiiiiiing!—  
mete la llave y le da vuelta —¡rrriiiiiiiiiing!— entra al departamento y corre  
hasta el teléfono

—bueno

—sí, soy Josúe ¿qué onda?

—iba de salida

—¿adónde?

—a... la biblioteca

—en serio ¿qué crees? cambio de planes. Te necesito aquí con el libro

—¿qué?; pero si ya sabes que no he acabado

220 —sí hombre, pero Sergei no lo sabe, se va hoy a las diez y me pidió su libro,  
sácale copias

— vrrrrrrrrrr, pues nimodo, voy para allá— el *la* intermitente de la línea se  
deja oír

Así que Dario saca el libro del morral en que lo había guardado. Ni más, ni  
menos. Lo mira y luego, por mera inercia, lo hojea una y otra vez. Seguramente  
hay cientos de libros idénticos en las librerías gringas.

Mas de pronto, de tanto pasar las hojas, parece que algo cae. Estaba guarda-  
do entre el forro y la pasta. Dario lo levanta asombrado. Es un manuscrito. Sí,  
sí, sí, un trillado manuscrito. —Para mí que está en ruso— piensa. Detrás hay  
unas pequeñas ilustraciones. No entiende nada. Quiere escrudiñarlo. No pue-  
de. Tiene que irse. Lo esconde en el séptimo tomo del *Tesoro de la Juventud*. —  
Como nadie sabía que estaba ahí nadie sabrá que falta— supone Dario. Ignora  
que tal vez si los objetos no saben que existen, esconderlos los hace saber que  
faltan. Sí. Tal vez ignore, como muchos otros hombres, que cuando alguien le  
da vida a un objeto y éste se vuelve imprescindible le sobreviene la condena de  
nunca más dejar por un instante de vigilarlo.

Y entonces vaya que, hasta las cosas más insignificantes, pueden hacernos  
una muy mala jugada.

## 6

El buen Agathon, como le decían sin decírselo —porque entonces él se enoja-  
ría y Karl tendría que mentirle para contentarlo— de un tiempo acá se había  
puesto muy raro. Empezó comprando un montón de libros viejos. Enciclopedias,  
diarios de viaje, poemarios, manuscritos de la China, códices del antiguo  
imperio mexicana que ni siquiera sus supuestos descendientes entendían y hasta  
ese mapa-mundi que le compró a un anticuario en la calle del Likor, más dos  
tomos del Quijote apócrifo. Cosas de veras exóticas para alguien cuya única  
función en la vida debía ser la de hacer joyas.

Pero luego —claro— se lo agradecieron porque cada pieza que salía de su imaginación tenía ese sello distante tan anhelado por los clientes europeos —mientras más chinesco el encendedor y más damasqueada la cigarrera, más dinero para el vendedor—. En realidad, parecía como que andaba buscando algo que no tenía nada que ver con las letras F-A-B-E-R-G-É. Por supuesto.

Después alguno de esos hombres con botas se dijo —aquí hay gato encerrado— y mandó a Agathon a una clínica para la ceguera. Resulta que en vez de pasar las páginas como la gente normal colocaba el libro al revés y empezaba a pronunciar barbaridades. Como que la zarina Catalina no era una muerta sino una osa en un circo de gitanos. Como que las almas de los pobres se convertían en monedas cada que alguien daba una limosna. Como que por eso un día ya no iban a existir los pobres. Y como que el progreso sería el retorno a las sociedades feudales. En fin, que —cómo se le ocurría corromper así la memoria sagrada de Catalina la grande—.

221

Pero en la clínica dijeron que no tenía nada y que lo mejor sería darle baños con sal. Así, las yemas de sus dedos envejecieron tan prematuramente que aquel vigoroso cuerpo de treinta años más bien parecía un injerto.

En esto estaba, cuando Karl lo mandó a Novgorod.

Entonces, iba en busca de un discípulo y todo eso, que resulta haber sido sólo una receta médica para distraerlo porque nadie creía posible que otro hombre se lo creyera todo, aunque no supieran que en aquellas tierras y en aquellos años todavía existiera la ingenuidad y que se llamara Pedro Medelbeko, O sea, Fiodor Medelbek y que, además, a su regreso, las barbaridades estarían acompañadas por bailes y orgías con melocotones.

La cosa es que aquel asombro risueño al traspasar las paredes de la casa relucía en un asombro solemne parecido al que medio siglo después traería la penicilina —milagroso remedio de la putrefacción— en las nalgas de los niños remilgosos. Bastaba con ver a las criadas de serio semblante que seguían las instrucciones de aquel par de traperos. Sí, porque la caja donde dormía Agathon iba llenándose de trapos y papeles llenos de aceite con los que planeaba inventar un nuevo tipo de combustible. Además, claro, de que había vuelto a usar la basinica en vez de hacer sus necesidades donde fuera que cayeran. Lo cual más bien era un síntoma de cordura.

Parecía que al fin se estaba curando. Como quiera que esto se entendiera y sin importar de qué cosas o personas viniera acompañado el remedio. Claro.

Al fin y al cabo se estaba curando.